

CAPITULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid ; del hombre que encontró Gil Blas en la calle , y de lo que se siguió á este encuentro.

Luego que llegamos á Madrid fuimos á hospedarnos á una pequeña posada , en la qual se habia alojado Scipion en sus viajes. Lo primero que hicimos fue ir á casa de Salero á tomar nuestros doblones. Este nos recibió muy bien , y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad , protestándome que le habia sido sensible mi desgracia , y que ella le habia disgustado de la alianza de las gentes de la Corte , cuyas fortunas están demasiadamente en el ayre. He casado á mi hija Gabriela con un rico negociante. Vmd. ha hecho muy bien le respondí : además de que este partido es mas sólido ; un plebeyo que viene á ser suegro de un noble , no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues , habiendo mudado de discurso , y viniendo al hecho , proseguí : señor Gabriel , háganos Vmd. el favor , si gusta , de darnos los mil doblones que... Vuestro dinero está pron-

to , interrumpió el platero ; el qual habiéndonos hecho pasar á su gabinete nos mostró dos sacos , en los quales habia unos rótulos que decian ; estos sacos de doblones son del señor Gil Blas de Santillana. Ved aqui , me dixo , el depósito tal como se me ha confiado.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho , y muy consolado de haberme quedado sin su hija , nos llevamos los sacos á la posada , en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal desfalcados los cinquenta doblones que se habian gastado en mi libertad. Ya no pensamos mas que en ponernos en estado de salir para Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte hice la provision de camisas y vestidos. En una de las veces que iba arriba y á baxo haciendo mis compras , encontré al Baron de Steinbach , Oficial de la Guardia Alemana , en casa del qual se habia criado Don Alfonso.

Saludé á este caballero , quien habiéndome tambien conocido , se vino á mí y me abrazó : me alegro con extremo , le dixé , de ver á su Señoría en tan buena salud , y al mismo tiempo tener ocasion de saber de mis amados Señores Don Cesar y Don Alfonso de Leiva. Puedo dar á Vmd. muy ciertas nuevas , me respondió , pues ambos están actualmente en Madrid , y ademas en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la Corte á dar las gracias al Rey de un be-

beneficio que éste ha hecho á Don Alfonso en recompensa de los servicios que sus abuelos han hecho al estado ; le han nombrado Gobernador de la ciudad de Valencia , sin que haya pedido este empleo ni solicitado por otra persona. Ha sido graciosamente ; lo qual prueba que nuestro Monarca sabe recompensar el valor.

Aunque yo supiese mejor que Steinbach en qué consistia, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba, y si un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me llevó inmediatamente á su casa. Yo queria probar á Don Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al alxedrez con la Baronesa de Steinbach. Luego que me percibió dexó el juego, y se vino hacia mí arrebatado, y apretándome la cabeza entre sus brazos, me dixo, con un ayre que manifestaba una verdadera alegría: ¡ Santillana, que al fin vuelvo á verte! Estoy loco de gusto. No tengo la culpa de que nos separásemos ; yo te supliqué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mi súplica. No obstante no te lo imputo á delito, antes bien te agradezco el motivo de tu ida ; pero despues debias haberme escrito, y quitarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado Don Fernando me habia escrito que estabas.

D

Despues de esta pequeña reprehension continuó, dime lo que haces en Madrid. Al parecer tú tienes aquí algun empleo. Está persuadido á que me intereso ahora mas que nunca en tus cosas. Señor, le respondí, no hace todavía quatro meses que ocupaba en la Corte un puesto demasiado considerable. Tenia la honra de ser Secretario y Confidente del Duque de Melar. ¡Es posible, exclamó Don Alfonso con un extremo espanto! ¡Qué! ¿Has logrado tú la confianza del primer Ministro? He adquirido su favor, respondí, y lo he perdido del modo que voy á decir. Entonces le conté toda la historia, y la acabé por la resolucion que habia tomado de comprar, con lo poco que me quedaba de mi pasada prosperidad, una pobre casa de campo para tener allí una vida retirada.

El hijo de Don César despues de haberme oido con mucha atencion, me dixo: mi amado Gil Blas, tú sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca, y pues el Cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero darte una prueba de mi amistad, y no consentir que seas mas el juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder quiero darte un bien que no podrá quitarte. Pues que estás determinado á vivir en el campo, te doy una pequeña hacienda que tenemos cerca de Liria, distante quatro leguas de Valencia, la qual has visto tú. Este regalo lo podemos hacer sin incomodarnos. Me atrevo á decir que mi padre

dre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina tendrá en ello verdadero gusto.

Me arrojé á los pies de Don Alfonso, quien en el momento me hizo levantar. Le besé la mano, y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dixé: Señor, vuestras atenciones me llenan de complacencia; el don que Vmd. me hace me es tanto mas agradable, quanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho á Vmd., y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi Gobernador quedó un poco sorprendido de este discurso, y no dexó de preguntarme qué favor era el que le decia. Se lo dixé con todas sus circunstancias, lo qual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el Baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mí. No obstante no teniendo duda de ello me dixó: Gil Blas, pues que debo á tí mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria, quiero unir á ella dos mil ducados de pension.

Alto ahí, señor Don Alfonso, interrumpí, no despierte Vmd. mi avaricia. Los bienes de nada sirven mas que de corromper las costumbres. Yo lo he probado demasadamente. Acepto gustoso vuestra hacienda de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que yo tengo por otra parte: esto me es suficiente; y lejos de desear mas, perderia mas bien lo que tengo de superfluo.

fluo en lo que poseo. Las riquezas solo son un cuidado viviendo en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó quando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y quando supo los motivos de agradecimiento que me tenia su familia, se empeñó en que habia de aceptar la pension; lo qual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me llevaron prontamente á casa de un notario, en donde hicieron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un documento á favor suyo. Luego que estuvo el contrato finalizado me lo dieron diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, que fuese quando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volvieron á casa del Baron de Steinbach, y yo me fuí volando á la posada, en donde llené de admiracion á mi secretario quando le dixé que teniamos una hacienda en el Reyno de Valencia, y le conté el modo cómo la habia adquirido. ¿Quánto puede valer esta pequeña heredad, me dixó? Quinientos ducados de renta le respondí, y puedo asegurarte que es una amable soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los Señores de Leiva. Es una pequeña casa situada sobre la orilla de Guadaluvar en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, exclamó Scipion,
TOMO III. NN Y

es que tendrémos allá caza, vino de Venicarló, y excelente moscatel. Vamos, patron mio, démonos priesa á dexar el mundo, y llegar á nuestra hermita. No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso dar una vuelta á las Asturias. Mi padre y mi madre estarán precisamente miserables. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descansos. Acaso me habrá el Cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dexára de hacerlo así, seria castigado. Scipion apoyó mucho mi determinacion, y me excitó á executarla: no perdamos tiempo, me dixo, ya tengo silla volante. Comprémos prontamente mulas, y tomémos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, partamos quanto antes. Me es indispensable partir las delicias de mi retiro con los autores de mi vida. Presto estarémos en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en la puerta de mi casa estos dos versos latinos con letras de oro:

*INVENI PORTUM. SPES ET FORTUNA VALETE.
SAT ME LUSISTIS; LUDITE NUNC ALIOS.*

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE
DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

EN ESTE TERCER TOMO.

LIBRO SEPTIMO.

- Cap. I. De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Sefora. pag. 1.
- Cap. II. De lo que sucedió á Gil Blas despues que se retiró de la casa de Leiva, y de las felices consequencias que tuvo el mal sucesó de sus amores. 11.
- Cap. III. Gil Blas, privado del Arzobispo, y dispensador de sus gracias. 19.
- Cap. IV. Es acometido de apoplexia el Arzobispo. Del embarazo en que se encuentra Gil Blas, y del modo con que salió de él. 27.
- Cap. V. Del partido que tomó Gil Blas despues que lo despidió el Arzobispo: su casual encuentro con el Licenciado Garcia, y como le manifestó éste su agradecimiento. 31.
- Cap. VI. Gil Blas va á la comedia: de la admiracion que le causó la vista de una cómica, y de lo que le sucedió con ella. 36.
- Cap. VII. Historia de Laura. 43.

NN 2

Cap.